

LA MEMORIA OLVIDADA

*“No sirvas a quien sirvió,
ni pidas a quien pidió”*

Refranero popular



**GREGORIO RUIZ
DE LA HERMOSA**

En rigor, pocas cosas hay tan olvidadizas como un nuevo rico, ya sea éste una persona, una entidad cualquiera o un país. Es el caso del nuestro. Algunos amigos míos, más jóvenes que yo, tienen a bien -o a mal- motejarme, con irónico cachondeo como el “agüelo”, cuando a pesar de ser ello elemento de pocas palabras y conversación me indigno, como el abuelo Ceboleta, e intento endilgar a alguna “víctima” una pequeña disertación acerca de cómo han evolucionado las cosas en España en un relativamente corto espacio de tiempo, y como a causa de ello, nos asalta una especie de insano orgullo, una insensata soberbia y una extraña amnesia cuando se intenta tratar nuestra reciente historia a través de un prisma económico. Ya somos Primer Mundo, al parecer nos encontramos entre las diez potencias industrialmente más poderosas de este contradictorio y -no puede ser de otro modo- injusto planeta (pero realmente, ¿qué es la justicia? Platón la definió en alguna ocasión como la conveniencia de los poderosos, su privilegiado “melón” sabría por qué).

Y efectivamente, no hace apenas aún cuarenta años que nuestro país formaba, eventualmente, parte de lo que se ha dado en llamar Tercer Mundo -ahora incluso existe un Cuarto Mundo, el cual las pasa todavía más cantutas si cabe- cuando después de una excepcionalmente larga posguerra durante la cual, por evidentes motivos, el amigo americano nos excluyó de su tan cacareado Plan Marshall, al cual aquí no le vimos ni el rabo, concebido para reconstruir una Europa destrozada por la II Guerra Mundial, y sólo a partir de los años cincuenta, se dignó el Tío Sam enviarnos un poco de leche en polvo, unas migajas de reconocimiento internacional, y algunos camiones y vehículos en gran parte listos para el desguace, tan solo por motivos puramente estratégicos y a cambio de llenar España de bases militares y así aliviar un poco su paranoia. A pesar de haber cumplido los cuarenta y tres años, recuerdo que todavía durante mi infancia -las personas de más edad que yo

lo pasaron, en general, bastante peor- en mi casa, como en tanta otras, no vi una lavadora, aún así primitivo artefacto de ruidoso motor, un televisor o una cocina de butano hasta la edad de siete u ocho años -la “nevera” vendría más tarde-, electrodomésticos pagados, en contra de lo que anunciaba, y sigue anunciando la publicidad, en incómodos y larguísimos plazos. La “ropa de marca” ni se sabía lo que era, cada hermano heredaba la ropa de su inmediato hermano mayor, y sólo en contadas ocasiones -Semana Santa-, se estrenaba algo, etc., etc. No había para más. Mi madre solía pasarse la mitad de las noches remendando calcetines, poniendo rodilleras y coderas en pantalones y chalecos, y haciendo jerseys con lana la mayoría de las veces proveniente de otras prendas demasiado deterioradas para intentar hacer algo por ellas, con aquellas larguísimas agujas de hacer punto, mientras mi padre, después de su trabajo habitual, siempre se las apañaba para ir a pisar uva, “echar” unas horas con los albañiles, limpiar pozos, vendimiar o cualquier otra cosa que le saliera, con tal de alcanzar, por los pelos, el fin de mes.

En cuanto a los colegios, recuerdo que hasta cuarto curso “disfrutamos” de unos excelentes pupitres, completamente rallados y peligrosamente astillados que contaban la misma edad, al menos, que el profesor, el cual, y salvo honrosas y afortunadamente numerosas excepciones, mantenía en demasiadas ocasiones la disciplina a base de violencia física y mental, -a este respecto, una digresión, ni tanta “disciplina” como antes ni tan poca como ahora- y las aulas, en invierno, parecían un congelador, a causa de la magnífica calefacción que proporcionaba una raquíta estufa de carbón la cual, tal y como dice la canción “no calentaba ni a Dios”.

Por otra parte, los países europeos, en particular Francia, Alemania y Suiza, eran el punto de destino de cientos de miles de emigrantes españoles, y el desarraigo y la emigración no eran menores, en cantidad, dentro de nuestras fronteras.

Es lamentable que muchos, en este

nuestro país “nuevo rico”, hayamos olvidado lo que sucedió antes de ayer, y más es todavía que las nuevas generaciones, crecidas afortunadamente en la abundancia, ignoren, en un porcentaje preocupantemente elevado, esta etapa de nuestra historia. Y lo que es peor, no quieren, no se si consciente o inconscientemente, saber nada de ella. Ello no cambia el tozudo hecho -los hechos son muy tozudos, digo, aunque los ignore y les vuelvas la espalda siempre permanecen mirándote fijamente y reclamando tu atención a la mínima ocasión que se te ocurra bajar la guardia- de que están ahí. Alguien cuyo nombre ahora mismo no recuerdo, afirmó que el pueblo que olvida su historia, está condenado a repetirla, y en este mundo, tan globalizado (leñe con la palabra) para bien y para mal, y donde el atontamiento general y el adoctrinamiento interesado en la estulticia y la ignorancia también está globalizado -de eso se encarga la televisión, la pachanga, la prensa del corazón y cualquier medio que contribuya a la insensibilización y estupefacción del personal en general-, nos consideramos muy libres, casi invulnerables a ciertas condiciones y situaciones anómalas existentes en otros lugares respecto a las cuales, tal y como sucede con los accidentes de tráfico, pensamos que eso es algo que sólo les sucede a los demás, hasta que el leñazo nos lo damos nosotros. Por esto opino, es conveniente ejercitar la memoria histórica, que no, como algunos piensan, la constante rememoración en aras del revanchismo, porque la memoria es frágil como la amistad, plástica, acomodaticia y subjetivamente adaptable, y a veces mentirosa.

Por esto no viene mal regar, de vez en cuando, de manera objetiva y sólo con la pasión estrictamente necesaria -si no, es un muermo- a la memoria, la memoria olvidada.